

mado el nombre de Diego Marques, de cuya poblacion hizo Roldan su cuartel general, por estar cerca de la Concepcion. Se engañó en sus esperanzas de sorprender esta fortaleza. Su gobernador Miguel Ballester era un veterano intrépido y cauteloso. Entró en su castillo al acercarse Roldan, y le cerró las puertas. La guarnicion era corta; pero el fuerte, situado junto á una colina y cercado de un rio, podia resistir cualquier asalto. Roldan esperaba hacer entrar gradualmente á Ballester en sus proyectos, ó conseguir cuando menos la desercion de sus subordinados, halagados por la vida licenciosa que él permitia á los soldados. En las cercanias estaba la ciudad habitada por Guarionex, donde se hallaban treinta soldados á las órdenes del capitán Garcia de Barrantes. Roldan llegó á ellos con su fuerza armada, confiando atraerse á Barrantes y su partida; mas el capitán se encerró en la casa fuerte y no permitió á su tropa comunicacion alguna con Roldan. Este le amenazó con incendiar la casa; pero se contentó con apoderarse de los víveres y volvió hácia la Concepcion que apenas distaba media legua.

CAPITULO V.

MARCHA EL ADELANTADO Á LA VEGA Á SOCORRER EL FUERTE DE LA CONCEPCION. — SU ENTREVISTA CON ROLDAN.

(1497.)

AUNQUE el Adelantado tenia noticia de la traidora conducta de Roldan, dudó por algun tiempo si saldría á perseguirlo. Desconfiaba de la lealtad de los que le seguian, é ignoraba hasta dónde se extendia la conspiracion, y de quién podia fiarse. Diego de Escobar, alcaide del fuerte de la Magdalena. Adrian de Mojica, y Pedro de Valdivieso, todos hombres principales, eran de la liga de Roldan. Temia que el gobernador de la Concepcion estuviese tambien de su parte; y toda la isla en contra del gobierno. Las comunicaciones de Miguel Ballester le infundieron aliento. Aquel veterano leal le dirigió algunos partes pidiéndole pronto socorro y esponiéndole la debilidad de la guarnicion y las muchas fuerzas de los rebeldes.

Don Bartolomé le auxilió con su acostumbrada prontitud, entrando él mismo con un destacamento en la Concepcion. Ignorando las fuerzas de los rebeldes, y no confiando mucho en la lealtad de sus gentes, adoptó medidas suaves. Estando Roldan acampado en un lugar que distaba media legua, le envió un mensaje en que reprendia su conducta y le esponia los males que debía acarrear, y la ruina que le esperaba inevitablemente. Le mandó pasar á la fortaleza, prometiéndole bajo su palabra seguridad personal. Roldan se presentó delante del fuerte de la Concepcion, y el Adelantado, que conferenció con él desde una ventana, le preguntó por qué motivo se revelaba contra la autoridad real. Roldan replicó cínicamente, que él estaba al servicio de sus soberanos, defendiendo á los españoles de la opresion de hombres que labraban su ruina. El Adelantado le mandó entregar su baston de Alcalde mayor, y someterse pacíficamente al poder de las leyes. Roldan rehusó hacer dimision de su empleo, y someterse á D. Bartolomé, á quien acusaba de querer quitarle la vida. Tambien rehusó someterse á ningun proceso, sin orden espresa del rey. Pero deseando hacer ver que no se oponia al pacífico ejercicio de su autoridad, ofreció ir á residir con su gente donde mandase el Adelantado. Este designó desde luego el lugar del cacique Diego Colon, el mismo natural de las Lucayas que habia sido bautizado en España y se casó despues con una hija de Guarionex. Roldan rehusó de nuevo obedecer, diciendo que allí no habia las suficientes provisiones para su gente, y partió resuelto, como dijo, á buscar mejor residencia en otra parte.

Entonces propuso á sus compañeros tomar posesion de la remota provincia de Jaragua y establecerse en ella. Los españoles que la habian visto pintaban con los mas halagüeños colores aquellas regiones, la feracidad del suelo, la dulzura del clima, la hospitalidad del pueblo, sus fiestas, bailes y diversiones; y sobre todo; la belleza de las mujeres. Las gracias de las ninfas desnudas que bailaron en Jaragua habian cautivado su voluntad. En esta deliciosa region, sin sujecion á leyes y sin necesidad de trabajar, podian gozar una vida de libertad perfecta, con un mundo de hermosura á su disposicion. En una palabra, pintó Roldan en un vastísimo lienzo los goces desenfrenados y sensuales que él sabia que eran la felicidad suprema de gente ociosa y disoluta. Sus compañeros accedieron gustosos á aquella proposicion; pero se necesitaban algunos preparativos para llevarla á cabo. Roldan, aprovechándose de la ausencia del Adelantado, hizo una rápida marcha á Isabela, y entrando casi por sorpresa, se esforzó en echar al mar el buque para navegar en él hasta Jaragua. Oyendo D. Diego Colon el tumulto, salió á contenerlo con algunas personas distinguidas; pero tal era la fuerza de los aminorados, y tan amenazadora su actitud, que se vió en la necesidad de retirarse á la fortaleza con muchos de los que le permanecian fieles. Roldan tuvo con él varias conferencias, y le ofreció ponerse á sus órdenes, siempre que él se opusiese á los de su hermano. Esta proposicion fue justamente despreciada. La fortaleza era difícil de tomar por asalto; le fue imposible echar al agua la carabela, y temió que á la vuelta del Adelantado se hallaria acorralado entre dos fuerzas, por lo que se apresuró en buscar provisiones para la propuesta expedicion á Jaragua. Pretendiendo aun obrar por autoridad oficial y legitima é impulsado por noble causa, forzó los almacenes reales á los gritos de *Viva el rey!* y proveyó á su gente de armas, municiones, vestidos y cuanto desearon de lo que habia acopiado: fué de allí al cercado donde se criaban las reses y animales europeos, tomó de ellas las que juzgó necesarias para su imaginado establecimiento, y permitió á su gente que matase de las restantes las suficientes para consumirlas entonces. Despues de esta devastacion, salió en triunfo de Isabela. Pero acordándose del carácter del Adelantado, comprendió que seria poco segura su suerte con tan activo adversario á la espalda, el cual, fuera ya de su estado de perplexidad, no dejaria de perseguirlo en su paraiso de Jaragua. Determinó por lo mismo marchar de nuevo á la Vega, y ó bien apoderarse del Adelantado, ó bien asestarle un golpe tan fulminante que le invalidara para molestarle en lo sucesivo. Regresando á las inmediaciones del fuerte de la Concepcion, se esforzó por todos los medios, y valiéndose de sutiles emisarios en persuadir á la guarnicion á que se sublevase y desertase.

El Adelantado estaba bien informado de las maquinaciones del enemigo, y no se hacia ilusiones acerca de su peligro personal. No osaba salir al campo con sus gentes, porque recelaba de su fidelidad. Sabia que prestaban oídos á los emisarios de Roldan y comparaban los cortos alimentos y dura disciplina de la guarnicion con la abundancia y libertad de los rebeldes. Deseando paralizar estas seducciones, empezó á tratar con mas indulgencia á su gente, y á ofrecer grandes premios. Asi pudo conservar alguna lealtad entre sus soldados, contribuyendo á ello el que tenia su servicio una ventaja sobre el de Roldan cual era la de estar de parte del gobierno y de las leyes.

Viendo que sus designios para corromper la guarnicion eran infructuosos, y temiendo una repentina salida del Adelantado, marchó Roldan á cierta distancia, y buscó medios insidiosos para aumentar su poder y debilitar el del gobierno. Pretendia tener tanto derecho como el Adelantado al manejo de

los negocios de la isla, y decia haberse separado de él por ser vengativo y demasiado petulante en el ejercicio de su autoridad. Le representaba tirano de los españoles y opresor de los indios. En cuanto á él mismo, tomó el carácter de deshacedor de agravios y campeón de los menesterosos é injuriados. Fingia exaltarse con acceso de patriotismo delante de las afrentas que hacia devorar á los españoles una familia de arrogantes extranjeros, y decia que iba á librar á los indios de los tributos que para enriquecerse ellos mismos les arrancaban aquellos gefes avaros contra la benéfica intencion de los monarcas españoles. Se relacionó estrechamente con el cacique caribe Manicoatex hermano del difunto Caorabo, cuyo hijo y sobrino estaban en su poder como rehenes por el pago del tributo. Se captó á este helicoso caudillo con regalos y caricias, dándole el título de hermano. Los infelices indios, engañados por sus palabras, y muy alegres al verse con un protector armado que los defendia, se sometieron desde luego, trayendo á Roldan provisiones en abundancia y todo el oro que pudieron recoger, y dándole voluntariamente tributos mucho mayores que aquellos de que querian librarse.

Los negocios de la isla estaban en la situacion mas lamentable. Los indios en vista de las disensiones de sus opresores, y animados por la proteccion de Roldan, empezaron á negar obediencia al gobierno. Los caciques lejanos dejaron de enviar su tributo; á los que estaban cerca el Adelantado les libró de él queriendo con su generosidad conservar su amistad en aquellos dias de peligro. La faccion de Roldan se desarrollaba diariamente, vagaban sus partidarios con insolencia por los contornos, sostenidos por los mal aconsejados indios, al paso que los españoles que permanecian leales, temiendo las conspiraciones de los naturales, se veian obligados á permanecer de continuo á la vista del castillo, ó encerrarse en las casas fuertes de las poblaciones. Los comandantes tenian que consentir toda especie de faltas de subordinacion de sus propios soldados y de los indios, temerosos de que la severidad precipitase la explosion. Los vestidos y municiones de toda especie, asi como las provisiones de guerra y boca, se malograban sin consideracion alguna, y la falta de repuestos y de noticias de España llenaba de abatimiento á los que se mantenian fieles. El Adelantado se hizo fuerte en la Concepcion, esperando que de un momento á otro le asediase Roldan abiertamente, y azorado por noticias secretas que habia recibido de que se habian tomado medios para acabar con él si salia de la fortaleza.

Tal era el estado á que se veia reducida la colonia á consecuencia de la larga detencion de Colon en España, y de los obstáculos que pusieron á todas sus medidas en favor de la isla las dilaciones de los gabinetes y la perversidad y astucia de Fonseca y sus satélites. En momento tan crítico, cuando la faccion campeaba triunfante y la colonia se hallaba en el borde del precipicio, llegaron nuevas á la Vega, de que Pedro Hernandez Coronel habia llegado al puerto de Santo Domingo con dos buques, municiones, víveres de todas especies y un buen refuerzo de tropas.

CAPITULO VI.

SEGUNDA INSURRECCION DE GUARIONEX, Y SU HUIDA A LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

(1498.)

LLEGÓ Coronel el 3 de febrero de 1498, debiéndose á su llegada la salvacion de la colonia. Las tropas y víveres que traia alentaron á Don Bartolomé. La confirmacion real de su título y autoridad de Adelantado dispuso todas las cavilaciones acerca de la legitimidad de su mando y afianzó la fidelidad de sus partidarios; al paso que las noticias de que el Almirante

gozaba de alto favor en la corte, y llegaria pronto con una poderosa escuadra, llenó de consternacion á los que entraron en el motin persuadidos de que habia caido de la gracia real.

El Adelantado abandonó desde luego la fortaleza, y salió inmediatamente para Santo Domingo, aunque una fuerza superior de los rebeldes estaba en el lugar del cacique Guarionex, á muy corta distancia Roldan le siguió lenta y tristemente con su partida, ansioso de averiguar la verdad de aquellas noticias, reclutar partidarios, si era posible, entre los que habian llegado nuevamente, y aprovecharse de cuantas circunstancias pudiesen contribuir á la realizacion de sus proyectos. El Adelantado dejó guarnecidos los desfiladeros para impedir se acercasen á Sto. Domingo, y á algunas leguas de este establecimiento hizo alto Roldan.

Quando el Adelantado se vió seguro en Sto. Domingo, con un aumento de fuerza, y perspectivas de cercanos y mayores refuerzos, su generosidad prevaleció sobre su indignacion, y trató de apagar las sediciones populares por templados medios, queriendo restablecer la tranquilidad en la isla antes de la llegada de su hermano. Consideró que los colonos habian sufrido mucho por falta de víveres, que su severidad habia fomentado el descontento; y que muchos se habian rebelado dudando de la legitimidad de su poder. Al paso, pues, que proclamó el acta real, que sancionaba su título y funciones, prometió una amnistia que comprendia todos los delitos pasados, pero con la expresa condicion de volver inmediatamente á la obediencia. Sabiendo que estaba Roldan con los suyos á cinco leguas de Sto. Domingo, le envió á Pedro Hernandez Coronel, nombrado por el rey alguacil mayor de la isla, para que le exhortase á volver á sus deberes, ofreciéndole olvido de lo pasado. Confiaba en que las persuasiones de un hombre de honor y discrecion como Coronel, que habia sido testigo del favor que gozaba su hermano en España, venceria á los rebeldes de que era desesperado su intento.

Roldan, empero, midiendo toda la extension de su crimen, y receloso de la clemencia de D. Bartolomé, temia ponerse en sus manos; por lo que resolvió impedir que comunicasen sus gentes con Coronel, para que este no las sedujese con la promesa del perdón. Así es que cuando dicho emisario se acercó al campo de los rebeldes, se le opuso en un estrecho paso un cuerpo de ballesteros con arcos tendidos. ¡Alto, traidor! le gritó Roldan: si hubiéseis llegado ocho dias despues todos hubiéramos sido unos.

En vano se esforzó Coronel con buenas razones y súplicas vehementes en arrancar á aquel hombre perverso y turbulento de su criminal carrera. Roldan se confesó con audacia, enemigo únicamente de la tirania y mal gobierno del Adelantado, pronto á someterse al Almirante á su llegada. El, y muchos de sus confederados principales, escribieron en este sentido á Sto. Domingo, suplicando á sus amigos que defendiesen su causa con el Almirante cuando llegase, y que le manifestasen el deseo que tenian de reconocer su autoridad.

Quando Coronel informó de la contumacia de Roldan al Adelantado, este le proclamó traidor y lo mismo á sus compañeros. Pero el gefe no permitió á sus gentes quedar sujetas á la seduccion de las promesas, ó al terror de las amenazas; inmediatamente salió con ellas hácia la prometida tierra de Jaragua, confiado en que sus voluptuosos encantos acabarian de disolver todo principio de honor y de virtud en aquellos mal aconsejados partidarios, por medio de una vida de indolencia y de libertinage.

Los malos efectos de sus intrigas con los caciques eran notables. Apenas salió el Adelantado de la Concepcion, formaron los indios el proyecto de sor

prenderla. Guarionex se puso á la cabeza del movimiento, aguijado por las instigaciones de Roldan, que le habia prometido ayuda y arraistrado por la falaz esperanza de librar sus señoríos del intolerable dominio de los extranjeros. Por medio de comunicaciones secretas con sus caciques tributarios, se concertó que se levantasen todos simultáneamente contra los soldados que estaban acuartelados en pequeñas partidas en sus lugares; y que les diesen muerte, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendía y asaltaba la fortaleza de la Concepcion, valiéndose de la debilidad y desunión de sus defensores. Como podian los indios equivocarse el momento señalado; se decidió ejecutar el proyecto la noche de la luna llena.

Uno de los principales caciques, mal observador de las cuerdas celestes, se insurreccionó antes de la noche prefijada, y los soldados le repelieron. Desde luego se pusieron alerta todos los españoles. El cacique huyó donde se hallaba Guarionex, pidiéndole auxilio; pero este jefe, lleno de desesperación, mandó darle muerte en el acto.

Así que el Adelantado oyó hablar de este suceso, salió para la Vega con fuerzas numerosas. No esperó Guarionex su llegada. Comprendió que eran vanos todos los esfuerzos para deshacerse de aquellos extranjeros, que habian caído como una maldición sobre la isla, y viendo que su amistad era tan destructora como su aversión; trató de evitar una y otra. Abandonando sus bellos territorios y la antes dichosa Vega, huyó con su familia y una corta partida de fieles súbditos á las cordilleras de Ciguay, que se extienden por el Norte de la isla entre el mar y la Vega. Erau sus habitantes los mas robustos y corpulentos de la isla, y mucho mas formidables que los dóciles moradores de los valles. Parte de esta tribu fue la que en el primer viaje de Colon hostilizó á los españoles, cuando en el gofo de Samaná se derramó la primera gota de sangre nativa, vertida por los europeos en el Nuevo-Mundo. Recuerde el lector la franca y confida conducta de aquellas gentes el día despues de la acción, y la intrépida fe con que el cacique entró á bordo de la carabela del Almirante, poniéndose en poder de los españoles. A este mismo caudillo, llamado Mayonabex, pidió refugio y hospitalidad el fugitivo príncipe de la Vega. Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del cabo Cabron, á diez leguas Occidente de Isabela, é imploró amparo para su mujer, sus hijos y una corta comitiva. El generoso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No solo dió asilo á su familia, sino que le ofreció protegerle en su infortunio, defender su causa, y participar de su desesperada suerte. Los hombres de la cida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus mas claras acciones no pueden rivalizar con los hechos del salvaje, que obra solo á impulsos de sus naturales inclinaciones.

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DEL ADELANTADO EN LAS MONTAÑAS DE CIGUAY. (1498.)

AYUDADO por su aliado montañés, y por las partidas de los ciguayos que le proporcionó este, Guarionex hizo varias escursiones á la llanura, cortando partidas sueltas de españoles, devastando las ciudades de los naturales que los continuaban obedeciendo, y destruyendo todas las cosechas. La llegada del Adelantado, resuelto á desalojar y exterminar tan formidable adversario, puso fin á tantos estragos. No economizando peligros ni fatigas, ni confiando á otros lo que podia hacer él mismo, salió en la primavera con una division de noventa hombres, algunos caballos, y un cuerpo de indios, para penetrar en las espesuras de las montañas de Ciguay.

Despues de pasar un rápido desfiladero, casi im-

practicable para las tropas, á causa de sus fragosas peñas y vegetación excesiva, descendió á un pintoresco valle extendido por la costa, y rodeado de las montañas que se adelantaban hácia el mar. Acechaban su paso por aquellos países los penetrantes ojos de muchos espías indios, escondidos entre las rocas y malezas. Al buscar los españoles el vado de un río á la entrada del valle, dos escuchas indios se levantaron de entre los arbustos de su orilla. Uno se arrojó de cabeza al agua y escapó á nado: el otro, hecho prisionero, dijo que seis mil indios estaban emboscados en la opuesta playa, con ánimo de atacarles al pasar el río.

El Adelantado avanzó cautelosamente, y hallando un lugar oportuno, entró en el agua con sus tropas. Apenas habian llegado á la mitad de la corriente, salieron los salvajes, pintados con horriblos colores, y tan disformes, que mas bien parecian furias infernales que individuos de la raza humana. Asordaron las selvas con sus gritos y alaridos. Descargaron una nube de saetas y lanzas, que hirieron á muchos españoles á pesar de la protección de sus escudos. El Adelantado continuó su camino por en medio del río, y los indios emprendieron la fuga. Algunos murieron allí; pero su ligereza en la carrera, su conocimiento del país, y su destreza en atravesar las espesuras, salvó la mayor parte del alcance de los españoles, á quienes incomodaban los petos, escudos, lanzas y ballestas.

Por consejo de uno de los guías indios, siguió el Adelantado por el valle con designio de atacar la residencia de Mayobanex en Cabron. Tuvo por el camino varias escaramuzas con los naturales, que repentinamente salian de sus emboscadas por entre las matas, descargaban sus armas con furiosos gritos de guerra, y se refugiaban de nuevo en las espesuras de sus rocas y selvas inaccesibles á los españoles.

El Adelantado envió á Mayobanex uno de los varios prisioneros que hizo, acompañado de otro indio de cierta tribu amiga, pidiéndole entregase al caudillo de la Vega, y prometiéndole amistad y protección si así lo hacia; pero amenazándole con pasar á fuego y sangre su territorio si se negaba á ello. El cacique escuchó atentamente al mensajero; cuando hubo acabado: «Dí á los españoles, contestó, que son malos, «crueles y tiranos; usurpadores de los territorios de «otros y derramadores de sangre inocente. Yo no «deseo su amistad; Guarionex es bueno, es mi amigo «y mi huésped, y se ha refugiado en mi casa; le he «prometido protegerlo y no faltaré á mi palabra.»

Esta magnánima réplica, ó mas bien reto, hizo comprender al Adelantado que nada adelantaria con negociaciones amistosas, y como cuando la severidad era necesaria, sabia obrar como riguroso soldado, inmediatamente mandó pegar fuego á la ciudad en que estaba y á otras de las cercanías. Luego envió mensajeros á Mayobanex, advirtiéndole, que si no entregaba al fugitivo cacique todos sus dominios sufrirían la misma suerte; y que pronto no veria mas que el humo y las llamas de sus abrasadas poblaciones. Los malhadados ciguayos, viendo la destrucción que les amenazaba, maldecían la hora en que se refugiaron Guarionex entre ellos. Rodearon á su caudillo dando lastimosos gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fugitivo. Pero el generoso cacique se conservó inflexible. Les recordó las virtudes de Guarionex y los derechos sagrados que tenia á su hospitalidad; y declaró que estaba resuelto á sufrir todos los reveses, antes que dar margen á que se dijese: «Mayobanex vendió á su huésped.»

Los indios se retiraron tristemente, y el caudillo llamó á Guarionex, y le dió de nuevo palabra de protegerlo hasta á costa de sus dominios. No envió respuesta al Adelantado: y para que nuevos mensajeros no tentasen la fidelidad de sus súbditos, puso indios emboscados, con orden de dar muerte á cuantos en-

viados se acercasen. Poco tardó en presentarse la ocasión de ejecutar estas crueles órdenes. Dos hombres adelantaban hácia la floresta, de los cuales el uno era un prisionero ciguayo y el otro un indio aliado de los españoles. Ambos perecieron. El Adelantado los seguía á corta distancia, con solo diez infantes y cuatro caballos. Cuando encontró muertos á sus mensajeros en el camino del bosque, atravesados de flechas, se exasperó terriblemente, y resolvió conducirse con dureza respecto de aquella obstinada tribu. Avanzó con toda su gente hácia Cabron, donde estaba Mayobanex con su ejército. A su llegada huyeron los caciques inferiores y sus indios sobrecogidos de terror. Cuando el infeliz Mayobanex se vió abandonado, se refugió con su familia en una remota y escondida parte de las montañas. Muchos ciguayos buscaron á Guarionex para darle muerte, ó entregarle como ofrenda propiciatoria; pero habia huido á las alturas, errando solitario por los lugares mas salvajes.

La espesura de los bosques y la fragosidad de las montañas hicieron esta expedición en extremo penosa, y mucho mas larga de lo que habia creído el Adelantado. No solo sufría su gente cansancio, sino que tambien hambre. Los naturales habian huido todos á las montañas: sus poblaciones quedaron desiertas; y todos los víveres de los españoles consistian en pan de casaba y las raíces y yerbas que sus aliados indios podian recogerlos, con algunas útiás que casualmente cogian con la ayuda de sus perros. Dormian casi siempre á la inclemencia, y expuestos al mofítico rocío de aquel clima. Tres meses duró su campaña en aquellas breñas, hasta que quedaron rendidos de hambre y de cansancio. Muchos que tenian granjas cerca del fuerte de la Concepcion, que exigian su cuidado, pidieron permiso, ya que los indios estaban aterrados y dispersos, para volver á sus mansiones de la Vega.

El Adelantado concedió pasaportes á muchos, y raciones del corto acopio de pan que le quedaba. Se quedó solo con treinta hombres, y resolvió examinar con ellos todas las cavernas que tenian las montañas hasta hallar á los dos caciques. Era difícil, empero, descubrir sus huellas en medio de aquel desierto. No habia quien diese idea alguna de su refugio: todo el país estaba abandonado. Se encortraban habitaciones humanas, pero vacías; y si por una rara casualidad sorprendian algun infeliz indio bajando de las rocas en busca de alimento, manifestaba siempre la mas completa ignorancia del sitio en que se ocultaba su cacique.

Un día varios españoles, mientras cazaban útiás, cogieron á dos indios de la comitiva de Mayobanex, que iban á buscar pan á un lugar distante. Los llevaron al Adelantado, quien los obligó á declarar la guarida de su caudillo, y á servir de guías. Doce españoles se ofrecieron á ir en su busca. Poniéndose en cueros, pintándose el cuerpo como los indios, y envolviendo en palmas las espadas, fueron conducidos al albergue del desgraciado Mayobanex. Se acercaron á él con cautela, y le hallaron rodeado de su mujer, sus hijos y algunos empleados de su casa, sin temer ningun peligro. Los españoles desnudaron las espadas, se precipitaron sobre ellos, y los hicieron á todos prisioneros. Cuando los recibió el Adelantado, dejó de buscar á Guarionex y volvió al fuerte de la Concepcion.

Entre los presos se hallaba la hermana de Mayobanex. Era mujer de otro cacique de las montañas, cuyos territorios no habian visitado aun los españoles; y tenia la reputación de una de las primeras hermosuras de la isla. El tierno amor que profesaba á su hermano le habia hecho abandonar la seguridad de sus propios dominios, y seguirle por entre rocas y precipicios en todos sus trabajos, consolándole con la simpatía y bondad características de su sexo. Cuando el cacique su marido, que apasionadamente la amaba, supo su cautiverio, se encaminó con el mas profundo

dolor hácia la residencia del Adelantado, ofreciéndole someterse con todas sus posesiones al dominio español, si le devolvian su mujer. El Adelantado aceptó su vasallaje, y dió libertad á aquella belleza india con muchos cautivos de su comitiva. Mantuvo el cacique su palabra; fue útil y firme aliado de los españoles, cultivó para ellos muchas tierras y los proveyó de abundancia de víveres.

Nunca se perdía un acto bondadoso entre aquella sencilla gente. Cuando supieron los ciguayos la clemencia del Adelantado, acudieron á centenares á la fortaleza con presentes de varias especies, prometiéndole vasallaje, é implorando la libertad de Mayobanex y sus hijos. El Adelantado condescendió en parte con su súplica, dando la libertad á la mujer y familia del cacique, y deteniendo á este prisionero para asegurar la fidelidad de sus súbditos.

En tanto el desventurado Guarionex, que habia estado oculto en las breñas mas ásperas y remotas de las montañas, aguijado por el hambre, solia bajar á las llanuras en busca de alimento. Los ciguayos que lo consideraban causa de su infortunio, esperando con su sacrificio obtener la libertad de su caudillo, revelaron su retiro al Adelantado. Una partida salió inmediatamente á prenderlo. Se ocultaron en la senda por la cual regresaba generalmente á las montañas. Un día, cuando el infeliz cacique despues de una de sus famélicas escursiones, se retiraba á su caverna, le sorprendieron los españoles y le llevaron encadenado al fuerte de la Concepcion. Despues de tantas insurrecciones y del celo y perseverancia que en ellas habia desplegado, solo esperaba Guarionex la muerte, de la venganza del Adelantado. Don Bartolomé, empero, aunque rígido en su política, no era cruel ni vengativo. Consideró la tranquilidad de la Vega suficientemente asegurada con la prision del cacique, y le mandó detener en la fortaleza como prisionero. Concluidas las hostilidades en aquella parte de la isla, despues de tomar las debidas precauciones para impedir su reproducción, volvió Don Bartolomé á la ciudad de Santo Domingo, donde á poco de llegar tuvo el placer de abrazar al Almirante, despues de una ausencia de casi dos años y medio.

Tal fue la entendida administracion del Adelantado, la cual pone en evidencia su mucha capacidad, y el vigor intelectual y físico de aquel hombre formado y casi enseñado por sí mismo. Era excelente marino, legislador y soldado. Su ánimo y modales se elevaban espontáneamente al nivel de su posición, sin petulancia ni altanería, y ejercia un poder inexperado y extraordinario, con la moderación y sobriedad que debiera esperarse de un hombre nacido para el mando. Se le acusa de harto severo en el mando, pero no se cita un solo ejemplo de abuso de autoridad. Si era severo, era tambien justo; no nacieron de su rigor los desastres de su administracion, sino de las pasiones perversas de los que le obligaron á usarlo; y el Almirante, que tenia mas suavidad de modales y mas ternura de corazón, tampoco pudo captarse la voluntad y la obediencia de los colonos. El carácter de Don Bartolomé no está suficientemente apreciado en la historia; menos expansivo y menos amable que sus hermanos, no les era inferior en osadía y heroísmo.

LIBRO XII.

CAPITULO PRIMERO.

CONFUSION EN ESPAÑOLA. — PROCEDIMIENTOS DE LOS REBELDES EN JARAGUA.

(30 de agosto de 1498.)

LLEGÓ Colon á Santo Domingo cansado de su largo y árduo viaje, y quebrantada su salud por las diversas y peligrosas enfermedades que le asaltaron: su